

que asomaba por cima de la nieve; estaba *atao*. Y yo estaba en medio la plaza: había *bajao* la nieve y yo estaba *acostao* en medio la plaza.

¡Pues no me apuré! Como llevaba la escopeta, arreé y le tiré un tiro a las bridas, cayó el caballo *dende* allí... Al tanganiño ese que tiene el cura más abajo que la torre, y *dende* allí cayó al suelo, y le cogí y ya me vine ya *p'* acá otra vez.

Esa fue la nevada más grande que he conocido yo.

Joyas tan excepcionales como esta abundan dentro de este segundo volumen de los *Cuentos tradicionales recopilados en la provincia de Ciudad Real* de Julio Camarena Laucirica. Ante ellos solo cabe rendir un homenaje de admiración, una vez más, a aquel hombre y aquel estudioso tan comprometido, sabio y generoso, sin cuya labor nuestro país, y el mundo, hubieran perdido un patrimonio literario y cultural irremplazable.

SOFÍA GONZÁLEZ GÓMEZ
Universidad de Alcalá

Carlos Pereda Roig, *Coplas de la región de Yebala (Norte de Marruecos)*, presentación, estudio, notas, glosario y bibliografía de Francisco Moscoso García. Barcelona: Edicions Bellaterra, 2014; 367 pp.

La indagación acerca de las raíces europeas o africanas de la lírica tradicional de la península ibérica ha ocupado un espacio muy relevante en el campo de los estudios, discusiones y hasta controversias de los críticos más ilustres de la poesía medieval española, desde el siglo XIX hasta hoy. Fue asunto que interesó de manera singularísima a don Ramón Menéndez Pidal y a la pléyade de grandes romanistas y arabistas europeos contemporáneos suyos; que después experimentó un auge inusitado cuando a mediados del siglo XX irrumpieron las jarchas mozárabes en el

panorama de nuestra historia literaria, y que luego ha seguido presente, en grados diversos, en las investigaciones de Eugenio Asensio, Álvaro Galmés, Samuel G. Armistead, Margit Frenk, Alan Deyermond, James T. Monroe, Vicenç Beltrán, Pedro Piñero, Mariana Masera y unos cuantos críticos más.

Resulta sorprendente que la discusión, que muy a lo grueso podría decirse que ha estado bastante polarizada entre las teorías romanistas y las arabistas (aunque no pocos estudiosos hayan propuesto síntesis o alternativas cruzadas, integradoras, matizadas), se haya circunscrito al ámbito sobre todo de la prehistoria y de la primera historia documentada de nuestra poesía popular, y que no se haya extendido a la lírica tradicional documentada en la península ibérica a partir del siglo XVI. Como si las culturas orales vecinas del norte de los Pirineos y del sur del Estrecho hubiesen dejado de estar ahí y de influir (y de ser influenciadas por) la nuestra a partir de esa época, o como si el análisis de sus repertorios modernos no pudiese ilustrarnos, de manera quizás muy significativa, acerca de su genética. En el XVI fue cuando el zéjel, estrofa tenida por muchos como emblemáticamente arábiga y arcaica, dio síntomas de irreversible agotamiento en la península, y con él vino a decaer la época tenida por más añeja de nuestra lírica, que en el XVII se decantaría de manera muy decidida por metros (en particular la cuarteta y la seguidilla, conocidas antes, pero sin posiciones de dominio) y estilos que han seguido vigentes en el cancionero popular hispano hasta la actualidad.

La decadencia del zéjel en el XVI, algo adelantada a la del villancico glosado (con el que tuvo cruces que dieron lugar al villancico zejelesco), que resistió como pudo hasta el XVII, marca también el fin del interés por esta cuestión de muchos filólogos para quienes sólo lo antiguo (lo medieval y, si acaso, lo áureo) merece ingresar en el olimpo de los estudios literarios. Tal prejuicio explica que la lírica popular documentada después del XVII siga, de manera manifiestamente arbitraria e injusta, fuera del canon académico más reconocido, y que muchas de nuestras historias literarias insistan en dedicar capítulos sustanciosos a la "lírica popular antigua" y eviten considerar, sin necesidad siquiera

de argumentar el por qué, la existencia misma de una "lirica popular moderna". Por más que algunos de los críticos citados (Frenk, Piñero, Masera) no hayan dejado de volcar esfuerzos muy intensos en la reivindicación de la "lirica popular moderna", su estatus académico dista mucho, todavía, de gozar del espacio y del relieve que debiera tener. Y mientras, la indagación acerca de los orígenes y los ingredientes presumiblemente europeos y presumiblemente africanos de nuestra lirica popular ha quedado ahí encallada, en franjas y prejuicios estrechos que impiden que entre el aire fresco y dificultan cualquier avance.

De repente, irrumpe en las (demasiado) tranquilas aguas de nuestros estudios de lirica popular este libro insólito (¡editado por una universidad, lo que le otorga un valiente sello académico!) que acoge una colección de 651 canciones en árabe popular (traducidas al español) que fueron registradas en Marruecos en las décadas centrales del siglo XX, casi todas de tema amoroso y en estrofas de cuatro versos (lo que les acerca de manera muy sorprendente a nuestras cuartetos), rezumantes de temas, símbolos y fórmulas perfectamente comparables (y algunas sorprendentemente análogas) a los de nuestra lirica (antigua y moderna) más entrañable. Toda una revelación, que debemos agradecer a quien fuera su recolector, un etnógrafo de nombre desconocido para la gran mayoría, Carlos Pereda Roig (1909-1978), y a su minucioso editor de ahora, el arabista Francisco Moscoso García.

Un libro acerca de las canciones en árabe popular del Marruecos moderno no es de los que atraería, en principio, la atención de nuestra más selecta aristocracia medievalista ni de los filólogos de cuño más académico... ¿Quién se ha preocupado nunca, en nuestros pagos, de la cuestión de si la lirica popular moderna de los (tan desconocidos) vecinos del sur pudiera ser pariente en algún grado de la nuestra? Decir que nadie sería injusto, porque don Ramón Menéndez Pidal dedicó páginas muy iluminadoras (y muy poco conocidas y reconocidas) al análisis de zéjeles cantados en el árabe popular del norte de África, cuyos registros sonoros él buscó y apreció grandemente; y porque algún investigador a contracorriente como Monroe ha hecho del acercamiento a tales

líricas populares del norte del África actual un campo de investigación tan fructífero como escasamente valorado entre nosotros.

Pero si no es posible decir que nadie, sí es justo decir que casi nadie se ha interesado por echar una mirada hacia las tradiciones líricas populares del sur con la curiosidad de saber qué imágenes, y qué posibles reflejos de nuestra propia tradición podría devolvernos ese espejo. De hecho, han sido traducidas al español, antes de esta, otras interesantísimas (aunque menos nutridas) colecciones de canciones populares del norte de África que a prácticamente nadie de nuestro mundillo académico sonarán siquiera: *Los chacales al bosque y nosotros al camino: literatura oral y folclore de Argelia* (2010) de Óscar Abenójar (libro disponible en internet), y *El ritual de la boqala: poesía oral femenina argelina* (2011) de Souad Hadj-Ali Mouhou.

Lo llamativo es que, aunque casi nadie lo sepa (o por decirlo algo más crudamente, aunque a casi nadie le importe), se encierran en la tan desatendida tradición oral en árabe popular norteafricana versos, datos, pistas, luces que podrían resultar muy significativos, incluso trascendentales, para el conocimiento y la interpretación de nuestra propia lírica popular. Particularmente de la moderna, claro, puesto que modernas son las canciones recogidas en este libro. Pero también de la antigua, ya que la lírica moderna no deja de ser desarrollo y de llevar naturalmente impresos en sus entrañas los genes de la vieja.

Un rapidísimo espiguelo dentro de la tupida floresta de versos en árabe marroquí que nos regala este libro no puede menor que causar asombro, pues nos enfrenta a una inesperada galería de árboles que cubren amores, amantes sedientos, vientos eróticos, jóvenes enfermos de amor, zapatos rotos de tanto ir y venir o sembradíis galantes que tanto nos recordarán a los de nuestra más arraigada lírica hispana, vieja y nueva:

Rosal, rosal,
que extiendes sobre mí la sombra;
y la mirada en mi amado,
gracia que Dios me otorga.
(núm. 53).

Vente conmigo, vente,
vente conmigo al Hawz;
la sombra y el agua fresca,
y bajo el nogal la amenidad.
(núm. 87)

Entrome sed, dame de beber,
un sorbo del botijo;
tus frases, amado mío,
me llegaron de improviso.
(núm. 178)

Sopló viento de levante,
y me tornó decaída;
sopló viento de poniente,
y me volvió como una manzana.
(núm. 232)

Madre mía, me hallo enfermo,
trátame para que cure;
al enfermo lo sana Dios,
pero el amor no tiene aguante.
(núm. 402)

Cuánto fui y volví,
hasta romper mi calzado;
dime que sí o que no,
para tajar mi esperanza.
(núm. 412)

¡Ojalá, amada mía,
contigo siete años labrar;
sin quinto y sin jornal,
solo para tus ojos mirar.
(núm. 629)

Las sutilezas simbólicas que rezuman todas estas canciones se tornan a veces en erotismo no menos delicado, pero sí más desenvuelto y chispeante, con metáforas genitales (zurrón rojo, bolsa,

cordón), o con personajes y escenografías galantes (pastores, romerías) que se hallan muy bien atestiguados en la lírica ibérica de todas las épocas:

El zurrón rojo
y el cordón en la bandolera, se balancea;
maldiga Dios la belleza,
de los pastores conocida.
(núm. 274)

¡Flores! ¡Oh flores!
¡oh flores del haba!
las mujercitas de la romería,
sus ojos a la bolsa elevaron.
(núm. 405)

Seguir desgranando e intentando evaluar los versos y los hallazgos que atesora esta profusa antología de canciones en árabe marroquí quedaría fuera de los alcances de lo que debe ser simple reseña. Las revelaciones que en el plano de lo métrico-formal, lo formulístico, lo temático y lo simbólico pueden traernos merecerán en el futuro comentarios mucho más espaciosos y sosegados, a los que deberían sumarse todos los estudiosos de la poesía popular hispana, vieja y moderna.

Lo que sí es obligado decir, para terminar, es que la edición que hace Francisco Moscoso García, notable especialista en lengua y literatura árabe en general, pero sobre todo en dialectología del árabe de Marruecos, es escrupulosísima, modélica. El libro dedica muchas páginas a la recuperación de la biografía de Carlos Pereda Roig, quien vivió casi toda su vida en Marruecos como intérprete de árabe (militar y administrativo) y escribió unas cuantas monografías de tipo etnográfico, algunas de las cuales llegó a publicar y otras no. Su colección de 651 canciones de la región de Yebala quedó, de hecho, anotada en fichas que Moscoso García se ha empeñado en ordenar, editar, glosar con pulcritud, otorgando especial atención a sus rasgos lingüístico-dialectales,

lo que garantiza el rigor filológico de sus versiones. El glosario y la bibliografía final son muy densos y prolijos. Y la edición material del libro, muy elegante.

Si este libro es importante por lo que es, puede que lo sea más aún por los horizontes que abre y promete: la cuestión de los ingredientes pluriculturales de la lírica popular hispana, vieja y nueva, va a tener que ser replanteada después de él. Pero, además, el escrutinio de las tradiciones orales en verso del norte de África se convierte, tras su publicación, en requisito obligado (y en reto apasionante) para poder interpretar nuestro patrimonio poético tradicional dentro del marco histórico-geográfico y cultural amplio y trabado en que le corresponde estar. El problema es que estas fascinantes *Coplas de la región de Yebala* son un hito académico rarísimo, casi aislado, y que nos faltan traducciones y ediciones dignas y fiables que tiendan cabezas de puente hacia las tradiciones orales (que no debieran ser sólo las árabes, sino también las beréberes) que quedan al otro lado del Estrecho. Ojalá a esta sorprendente colección le sigan más que nos permitan lanzarnos a la insólita aventura de conocer mejor nuestra tradición literaria popular apreciando mejor la de quienes tenemos al lado.

JOSÉ MANUEL PEDROSA
Universidad de Alcalá